



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

PINTORES MALAGUEÑOS

JOSÉ BLANCO CORIS



Copia con gran vigor y valentia
la extraña animación de la Caleta,
y parece que tiene en la paleta
el espléndido sol de Andalucía.

de Brabo. Descripción 14 y Madona 8 Madoni

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—ESPAÑA CÓMICA: XIV. *Málaga*, por Sinesio Delgado.—Refrán, por Eusebio Sierra.—Los primeros amores, por Eduardo de Palacio.—*****, por Constantino Gil.—La justicia, por Rafael Torromé.—No puedo remediarlo, por Arturo Ramos.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: José Blanco Coris.—Málaga.—Aplicaciones de la horticultura, por Cilla.



Buena ocasión de lucirse van a tener ahora los políglotas. En el Teatro de la Comedia comenzará a funcionar dentro de pocas horas una compañía traspirenaica; en el de la Princesa cantan hace ya días en italiano, con gotas, varios artistas del reino y coloniales; en el de la Alhambra se cultiva también con éxito satisfactorio la lengua de Bussato y Bonardi.

Como estas circunstancias se dan pocas veces en la vida, los aficionados a idiomas están de enhorabuena, porque asisten a los espectáculos y «lo comprenden todo». No les sucede esto a los que sólo conocen la lengua de Cervantes y el Buñolero.

Basta contemplar la cara de los espectadores para saber quiénes tienen conocimientos lingüísticos, y quiénes se dedican exclusivamente a la lengua nacional.

Los que han estudiado idiomas, se arrellenan cómodamente en la butaca, después de introducir los dedos por entre la cabellera con objeto de despejar la frente a fin de que las ideas broten con más facilidad; miran a los demás espectadores con cierta conmiseración desdeñosa, y se dedican a saborear las picantes escenas de Beaumarchais ó los sabrosos diálogos de Laviche, vertidos al italiano por un genio desconocido.

Algunas veces, una dama del público pregunta a su marido en voz baja:

—Aniceto, ¿qué quiere decir *cochon*?

Y el de las lenguas vivas, adelantándose al esposo, contesta con acento de superioridad avasalladora:

—*Cochon* es lo mismo que *jergón*, y vice-versa.

—Gracias.

—Usted mande, señora.

Siempre he admirado a esos caballeros que andan por ahí luciendo las dotes intelectuales como quien luce una corbata, y nos enseñan el cráneo como si enseñaran una maquinilla que sirviera para cortarse las uñas y los pelillos de la nariz. Parece como que, al exhibir sus poderosas facultades, nos muestran un objeto curioso y de reciente invención, para nosotros desconocido.

La manía de las lenguas ha vuelto loca a mucha gente. Hay quien se propuso aprender el inglés, él solito, con ayuda de una gramática, y antes de llegar a los verbos irregulares, ya le había salido un bulto en el cuello.

El médico, al verle, dijo:

—Yo no sé cómo ha podido brotar esto y el paciente contestó:

—Lo atribuyo al nuevo idioma, que se me ha fijado ahí. Como me pasó el día aspirando haches, se me irrita toda esa parte.

En nuestra honrada clase media hay muchas señoritas que cantan arias en francés y no han podido enterarse todavía del castellano. Traducen el *Telémaco*; saludan en varios idiomas y dicen *haiga* y *ojecto* y *diznidaz*.

No hace muchos días que un amigo mío, de la clase de políglotas entusiastas, concluía así un artículo destinado a la publicidad:

«En fin: á celui qui Dieu se la donne, Saint Pierre se la bendigue.»

Va a haber necesidad de contener los ímpetus literarios de muchas hijas de familia, que aspiran a leer sus cosas en el Ateneo.

Esto no quiere decir que me haya parecido mal la conferencia de una ilustre escritora a quien saludo respetuosamente; pero el ejemplo cunde y las poetisas dicen ya a sus novios:

—Paco; tú no me amas.

—¿Por qué dices eso, vida mía?

—Porque si me amaras, ya hubiera dado yo a estas horas una conferencia en cualquier parte. ¿Conoces mi *Estudio sobre la influencia del arroz con leche en la literatura provenzal*?

—No, alma mía.

La mamá interrumpe diciendo:

—Paco; la niña tiene razón; V. no se interesa lo bastante. Anda, Fructuosa; léele la *influencia*, mientras yo le echo forros al gabán de tu padre, que el pobre anda todo destrozado.

La mujer en España tiene poca salida, como dicen las madres de humilde posición, y es preciso educarlas convenientemente para que el día de mañana puedan valerse por sí solas.

Muchas empiezan estudiando la aritmética, a fin de obtener un puesto en el mostrador de la Compañía Colonial, ó en un tinte químico, y concluyen por poseer una porción de conocimientos, propios del otro sexo.

A lo mejor, de la hija de un fabricante de velas sale una poetisa robusta, con ideas trascendentales y fines hondísimos. Hay chica de estas que escribe un soneto y al leerlo a su madre, junto al fogón, rompe todos los cristales de la cocina con la fuerza incontrastable de su aspiración poética.

Donde menos se piensa surge el genio, y a veces hay una chica que no sabe apuntar la ropa de la lavandera y escribe en cambio una memoria sobre raíces latinas ó sobre la manera de aprender a tocar la guitarra sin maestro.

Por eso decía una señora, ponderándome las excelencias de su hija.

—No la mande V. que guise; no la mande V. que cosa; no la mande V. que friegue; pero pídale V. un juicio crítico de las obras del Sr. de Kant, ó otro, y ya verá V. lo que es canela.

Nótase cierta agitación provechosa, con motivo de las elecciones municipales.

Dentro de poco veremos con sorpresa que D. Fulano y D. Perengano, a quienes habíamos conocido en clase de personas simples, sin tendencias absorbentes, resultan concejales auténticos.

—¿Qué es de D. Crispulo?—preguntamos el otro día a la esposa de un apreciable tendero.

—No sabe V. lo que pasa?—nos contestó.

—No, señora.

—Pues se presenta concejal. Él no pensaba en semejante cosa, pero como otros que valen menos que él se han metido en el Ayuntamiento, yo le aconsejé que fuese a ver a los amigos, y todos a una le dijeron que podía contar con los votos. Está mal que yo lo diga; pero Crispulo es una persona muy decente y el padre ocupó muy buena posición en el gremio de guarnicioneros; lo cual que el año 64 fué de las caballerizas reales y lo dejó por un pique que tuvo con uno de los chicos de la cuadra.

No dudamos de que mañana resulte concejal D. Crispulo, porque sabe buscárselas y está dispuesto a obsequiar a los electores con vino del país y unos chorizos muy buenos que compró en una liquidación verdad.

Parece mentira, pero la influencia de los embutidos quebranta las más duras rocas electorales.

Hemos recibido *La novela de Urbesierva*, narración contemporánea, original de D. J. Francos Rodríguez. A esta obra siguen otras, no menos interesantes, y todas ellas forman un tomo con preciosas viñetas de Pons.

Quizás los asuntos de las narraciones parecerán un si es no es atrevidos á los ojos de Carulla, pero están desarrollados con tal verdad y escritos con un desenfado y una gracia tales, que el libro se vende como pan bendito.
Por hoy, no tengo más que decir.

LUIS TABOADA.

ESPAÑA CÓMICA

(APUNTES DE VIAJE)

XIV

MÁLAGA

Pasas, vino, mujeres, gente *crúa* que reparte á granel las puñaladas; un pacífico mar que se entretiene vertiendo boquerones en la playa; un centenar, ó dos, de guapas chicas, que más parecen flores que muchachas, y un sol que distribuye amantes besos, entre plátanos, uvas y naranjas. El comercio y la industria, florecientes, fértil el valle, hermosas las montañas... ¿Qué más pueden pedir los malagueños, y quién no vive con placer en Málaga?

Cuando se salta á tierra, suponiendo que se vaya por mar á visitarla, parece la ciudad una jamona que de un lecho de flores se levanta, sin afeites, ni adornos, sucia casi, y permítanme ustedes la palabra, pero con esa espléndida belleza, que no está en el carmín, sino en la cara, firme, arrogante, varonil y altiva, imagen viva de las hembras bravas, que se ven en los cromos malagueños montadas en la grupa de una jaca. El cerro de San Telmo, á la derecha, llorando por las peñas que le arrancan; á la izquierda, campiñas deliciosas, llenas de limoneros y de cañas, al centro, chimeneas humeantes, pulmones de la industria que trabaja, y al pie, el inquieto mar, base insegura de aquel bosque de palos y de gavias.

¡La Caleta, el Perchel! Un par de barrios que dan ejecutoria bien probada de tener mucho fuego por las venas, y un corazón lo mismo que una casa. Quien nace en el Perchel ó en la Caleta, ya se puede ir al Congo ó á la Australia, seguro de que nadie le echa roncas, ni viene á molestarle con bravatas.

Yo he visto en el Perchel, tranquilamente en un balcón con tiestos y con jaulas, una joven sencilla y pudorosa, y un honrado burgués, de gorro y bata; ¡oh engaño de ficciones novelescas! ¡Yo que soñé encontrar en cada casa un guapo con trabuco y con botines, y una moza juncal de rompe y rasga! ¿Sabéis lo que es *un copo* en la Caleta? Os lo voy á decir en dos palabras: Dos docenas de bravos peacadores, chicos, mozos y viejos, bronceada recia y dura la piel, calzón al muslo, pecho al aire, las cuerdas á la espalda, van de la red tirando silenciosos sin que turbe el sosiego de la calma más que el débil quejido del esfuerzo con que se afirma el pie contra la playa. De pronto mucha bulla, mucho ruido, voces, interjecciones, carcajadas, y un grupo abigarrado y pintoresco en torno de una red, en donde saltan en confuso montón, los boquerones, farrados todos de papel de plata.

Luego vanse apagando los rumores, se recoge el avío, y luego... nada.

Confieso que el *Liceo* me parece el casino mejor de toda España; espaciosos salones, buenos cuadros, el *sumum* del buen gusto y la elegancia, selecta biblioteca... en fin, en eso

se conoce la gente que adelanta, y se gasta el dinero en lo que vale, y luce de lo lindo lo que gasta.

Es un pobre infeliz quien no ha escuchado cantar las malagueñas en su patria. Esa cadencia dulce del quejido que sale de la cuerda y llega al alma; esa mezcla de amores y de celos, de placeres dulcísimos y rabia, con notas arrancadas de las olas y murmullos del aire entre las ramas; esas ondulaciones de serpiente con que la libre copla se acompaña, á ratos contorsiones voluptuosas, brincos á ratos de pantera brava... ¡todo eso es necesario que se vea en un chiribitil con luz opaca, cerca de unos barbantes que jaleen bañando en manzanilla la garganta y al lado de unas hembras de trapío, que digan disparates á mansalva!... Lo demás es *jonjana* y *parapeses* y *bulos* de *tumbón* de poca *lacha*.

¿Qué diré de los chicos malagueños, rumbosos de verdad, gente de gracia, que atrae las simpatías sin alardes, bebe y hace el amor por donde pasa? ¿Qué diré de las niñas andaluzas, saladas como el mar que las retrata, si aún me parece ver los miradores de la famosa calle de Granada, que esconden cada uno una perliota y los traería aquí de buena gana?

Tanto influye en el hombre aquel acento y aquel culto excesivo de la guasa, que llegué á la estación del Mediodía cantando peteneras en voz alta; y cuando un mozo abrió la portezuela y me dijo con voz avinagrada: —¿Le llevo el equipaje, señorito?— contesté sin pensarlo: —¡Oíé, la gracia!

SINESIO DELGADO.

REFRÁN

I

—De fijo te curarás si confías en mi ciencia... Vaya, un poco de paciencia, mucho hierro y nada más. —¿Y aquí sentado?

—Eso quiero. —¿Pero ha de estar un soldado siempre en la silla sentado, lo mismo que un zapatero? —¿Qué remedio!

—Me encocora tu sistema maldecido... Hombre que tanto ha corrido... —Justo es que descansen ahora. —La quietud me inspira horror; para estar quieto, se muere. —Pues, amiguito, el que quiere morir no llama al doctor. —La muerte no me amilana, ni me achica, ni me doma. —Basta de música... toma el hierro y hasta mañana.

II

—¿Qué tal? —Cada vez peor. —¿Y el hierro? —No me aprovecha. —Pero...

—Se acerca la fecha de que esto acabe, doctor. Quien esgrimió noble espada en la contienda refiada, hoy va entregando la vida sin defenderla ni nada. —Exageras.

—No exagero. —Digo que sí. —¿Qué insistencia!

—La defiendes con mi ciencia. —¡Ah, si fuese con mi acero! Mil veces acometido

luchó en mi ayuda la suerte, y el que quiso darme muerte quedó en el campo tendido. —Ya sé que fuiste bizarro. —Y hoy la tos me da tormento. —Si se vence á un regimiento mucho mejor que á un catarro.

III

—¿Hay alguna novedad? —¿Qué tal sigue tu señor? —Pues él dice que peor, y yo creo que es verdad. —¿Ha dormido? —Ni un minuto.

—¿Delira? —Yo así lo creo, porque me llama Tadeo y antes me llamaba bruto. —¿Y no sale? —Ni al pasillo.

—¿Y el humor? —Como una fiera. —¿Tomó hierro? —Hombre, aunque fuera el comandante un novillo!

—No digo eso. —Eso entendí. —¿Tomó lo que receté? —Sí, señor.

—Corriente. —¿Qué?

—¿Es aquello hierro? —Sí.

Veré si la enfermedad decrece ó sigue adelante. ¡Darle hierro al comandante! ¡Vaya una barbaridad!

IV

—Tadeo. —Señor.

—¿Se muere!

MALAGA



UN PALCO DEL CAFÉ SEVILLANO



Secando el copo.

¡Arsa!



Un caletó.



¡Boquerones, vivos de hoy!



La de los altramuces.



Don José Orozco; como quien dice: la sal de la tierra.

No se comprometa usted, cabayero. En seguidita viene la Santiá y le yevo a V. a tierra, ¿eh? A dos realiyos por persona, ¿eh?



Dos gardones de la Caleta

Lit. de Bravo Pasenyaño H y Madera S. Madrid

—Me lo tenía tragado.
—Corre á la iglesia de al lado;
que venga el cura si quiere.
—Bien, volveré con el cura.
—Que se muera.
—Era sabido,
y ese hierro maldiciente
le lleva á la sepultura.
—¿Qué dices?
—Entre los dos,
el amo era un matuchín;

por eso, al mabo y al fin;
se cumple la ley de Dios.
—¿Adónde vas á parar?
—Pues, hombre, ya se adivina:
tomando esa medicina
no se podía salvar.
Le dan hierro y dice amén,
y, es claro, estira la pata..
—Pero...
—¡Si el que á hierro mata
á hierro muere también!

EUSUARIO SIZKRA.

LOS PRIMEROS AMORES

Nadie sabe cuál es la fuerza de una pasión primeriza, más que la persona que la sufre ó la que ha sufrido semejante enfermedad.

Elvirita era un ángel de diez y seis años.

Serafín era otro ángel en el bachillerato: contaba diez y seis años.

La misma edad que Elvira: coincidencia sorprendente, aunque no tanto si se considera que casi todas las personas que llegan á diez y siete, diez y ocho y más años, han pasado por los diez y seis.

Serafín vio á Elvira en cierta mañana del mes de Mayo, y cuando ella, contraviniendo á los bandos de policía urbana, regaba las macetas de su balcón.

Serafín creyó primeramente que Elvira era una flor más, una rosa de cuerpo entero.

Elvira no fué indiferente á las miradas abrasadoras de Serafín.

Habían nacido uno para otra y reciprocamente.

Se comprendieron sin hablarse, en cuanto se encontraron.

Elvira habitaba con su familia en un piso alto, tercero con entresuelo, primero, principal y demás; es decir, en un piso quinto.

Pero el amor acorta las distancias.

Serafín fué á clase, aunque por su gusto hubiera pasado las horas destinadas á otras asignaturas en la de telegrafía natural.

Aquel día no supo ni lo que hablaba ni lo que oía en clase.

Un pensamiento le dominaba: el de enamorar á Elvira.—¿Será soltera—murmuraba,—ó tendrá un tirano?... En último caso, romperé al tirano, y será mía esa mujer.

Elvira, por su parte, siguió con la mirada á su nuevo pretendiente, porque desde la menor edad, ellas conocen siempre á los pretendientes.

Y también dudó.

—¿Será soltero ó padre de familia?

Cuando Serafín salió de clase pasó, por supuesto, por la calle donde vivía su desconocida cuanto hermosa joven.

Ella esperaba en el balcón.

Indistintamente la habían repetido su mamá y su tío:

—Elvirita, retírate; pareces una mona, siempre en exhibición.

Elvira replicaba:

—¿Tampoco puedo asomarme? ¿He de consumir mi vida encerrada entre cuatro paredes? Yo no voy al teatro, ni á un baile, ni á paseo, ¿y queréis que viva mártir, sin ver, siquiera, la luz del día?

Esta luz significaba para Elvira la luz de los ojos de Serafín. Aquella pasión visual fué en aumento.

Serafín pasaba lo mejor de su vida en la acera de enfrente á la casa de su amada, y ésta no podía separarse del balcón ni aun en las horas de sol.

Como en el ramo de criadas no faltan chicas discretas que se presten á servir de amparo á los corazones tiernos, la criada de Elvira se prestó á entregar á ésta una carta de Serafín.

Una carta que era un trozo escogido, si no de literatura, de pasión.

Un poema de amor inmenso y repentino, pintado con vivísimos colores.

Elvira leyó ó devoró el poema, y se sintió próxima á un desmayo.

Serafín se la aparecía entre líneas, con su terno de lanilla azulada, y un sombrero cordobés.

La criada llevó la respuesta de Elvira en una carta escrita en papel rayado, y aun mejor hubiera ido en pentágono, porque parecía una habanera improvisada y manuscrita de primera intención.

Pero á Serafín pareció, no una carta ni una habanera, sino un pase que le daban para entrar en lo reservado del cielo.

Así continuó la correspondencia entre los dos muchachos, hasta que se enteró la madre de la novia.

Y como las madres son débiles, por exceso de cariño, de

cuando en cuando sacaba á pasear á la niña, y Serafín podía seguirlas á honesta distancia, y aun, si las apreturas ó cualquier accidente inesperado favorecía á su atrevimiento, aproximarse á Elvira y decirla, de pasada:

—¡Bonita! ¡Hechicera!

O cualquiera otra ocurrencia igualmente ingeniosa.

Alentado por la complicidad benévola de su mamá política, Serafín se aventuró un día á penetrar en el portal de aquella casa, templo donde se guardaba á la diosa de sus amores.

Habló con Elvira por el ventanillo.

El atrevimiento, en vista de la impunidad, se repitió.

Algunos vecinos se enteraron de aquellas relaciones amorosas.

Una planchadora que vivía en un sotabanco en unión de un primo segundo con el grado inmediato, muy celoso y muy capaz de cometer una barbaridad, se quejó á la portera.

—Ya V. ve que no tengo necesidad de pasar un disgusto por mor de ese mono: mi hombre le ha sorprendido dos veces bajando de mi casa, porque en cuanto oye ruido en la escalera se sube hasta los sotabancos.

El perro de otra vecina la tomó también con Serafín.

Un día le mordió en una pantorrilla; otro día le desnudó de medio cuerpo.

Fué preciso que la criada de Elvira le diera un pantalón del amo, que era así como diez veces mayor que Serafín.

Cuando salió á la calle con aquel pantalón le obsequiaron algunos vecinos, de casa abierta, con una cerradura.

¡Cuántas lágrimas costaron á Elvira aquellos sucesos, que aumentaban el amor de los dos jóvenes!

Pero llegó un día en que el tío de Elvira, único jefe de la familia, desde la muerte de su hermano, padre de la chica, se enteró de lo que ocurría. ¡Día triste!

La mamá y el tío se pelearon, y Elvira lloró y estuvo á media vara del balcón para arrojarle á la «vida pública» (así decía ella, porque hablaba con suma delicadeza; pero quería decir: «á la vía pública»).

La criada recibió de manos del señor el salario correspondiente y la cartilla de su honrado instituto, y salió de aquella casa para no volver.

Serafín, ignorante de estos sucesos, acudió, como de costumbre, al ventanillo.

Elvira y su madre estaban encerradas por el tirano en una de las habitaciones, después de haber servido de reclamo por mandato del tío, para que subiera el inocente Serafín.

—¡Dios mío, qué fin nos espera!—exclamaba la desolada muchacha.

Cuando el amante llegó le esperaba el tío, colocado junto al ventanillo.

Empezaba á oscurecer y la escalera estaba como boca de lobo.

—¡Elvira!—murmuró el inocente.

—¿Qué?—preguntó el tío, fingiendo la voz.

—Juraría que fuma esta chica—pensó Serafín.

—Pasa—le dijo la voz que él creyó de Elvira.

Y la puerta se abrió.

Lo que pasó no hay para qué decirlo.

Han transcurrido doce años y aún no ha olvidado Serafín aquella paliza.

Solamente en árnica gastó cincuenta duros su familia.

Y sostiene, contra la opinión del mundo entero, que los primeros amores nunca se olvidan.

EDUARDO DE PALACIO.

Cuando al caer la tarde te abrazaba
y en tus rubios cabellos me envolvía,
dudé si eras el sol que se marchaba
y la luz de tus ojos la que huía,
¡Oh! ¡Qué hechicera erabas, vida mía!
Nunca de darte besos me cansaba;
y entre tus labios, sin cesar, hebía
aquella dulce voz que me engañaba.
¿No te acuerdas? Rodando por el suelo
te dije que creía al ver tus ojos,
que no está arriba, sino abajo el cielo.
Mientras iba á buscar tus labios rojos,
de tus doradas crenchas bajo el velo,
como amepola oculta en los rastrosos.

CONSTANTINO GIL.

LA JUSTICIA

Diz que dos gases de Angola del cual sustraer pudieron en un mesón se metieron, un rico queso de bola.

Como equitativamente no le pudieron partir; acordaron recurrir á un mono muy competente.

Mono de mucha conciencia y que gran fama tenía, porque el animal sabía toda la jurisprudencia.

—Aquí tienes—dijo un gato cuando ante el mono se vió— lo que este compadre y yo hemos robado hace rato;

y pues que de los ladrones es el robo, parte el queso en mitades de igual peso á idénticas proporciones.—

Aquel mono inteligente observa el queso de bala, mientras mena la cola muy filosóficamente.

—Recurris á mi experiencia, y el favor debo pagaros, amigos, con demostráros que soy mono de conciencia.

Voy á dividir el queso, y por hacerlo mejor, recuñificaré el error

que hubiere, con este peso.—

Por no suscitar agravios saca el mono una balanza, mientras con dulce esperanza se lame un gato los labios.

—Haz, buen mono, lo que quieras—dice el otro, con acento muy grave, imitando asiento sobre las patas traseras.

Valiéndose de un cuchillo la bola el mono partió, y en seguida colocó un trozo en cada plañillo.

Pero no estuvo acertado al hacer las particiones, y tras dos oscilaciones se inclinó el peso hacia un lado.

Para conseguir mejor la proporción que buscaba en los trozos que pesaba, le dió un morlisco al mayor.

Pero como fué el bocado mayor que la diferencia que había, en la otra experiencia se vió el mismo resultado.

Y así, queriendo encontrar la equidad que apetecía, los dos trozos se comía sin poderlos nivelar.

No se pudo contener un gato, y prorumpió así: —Yo no traje el queso aquí para verte lo comer—

dico el otro con furor, miraras la cola mena:— Dame una parte, ya sea la mayor ó la menor.

Que estoy furioso, y arguyo, según lo que va pasando, que por nuestro bien mirando, sólo estás haciendo el tuyo.

El juez habla de este modo á los pobres litigantes:

—Hijos, la justicia es antes que nosotros, y que todo.—

Y otra vez vuelta á pesar, y otra vez vuelta á morder, los gatos á padecer, y la balanza á oscilar.

Y el mono, muy satisfecho de su honrada profesión, muestra su disposición para ejercer el derecho.

Y cuando del queso aquel se ven tan pobres pedazos, que apenas mueven los brazos de la balanza, ni el fiel,

el mono se guarda el queso y á los gatos les responde: —Esto á mí, me corresponde, por los gastos del proceso.—

K. TORROMÉ.

NO PUEDO REMEDIARLO

(Á UNA ACTRIZ)

No me importa que siendo necesario, finjas una pasión devoradora, ni que con el galán que te enamora te ocultes en el bosque solitario.

Pues la que se dedica al escenario no con acciones tales se desdora; ¡que así tiene que hacerlo, en mala hora, la que se halla á merced de un empresario!

Pero jurarte puedo, dueño mío, por mi fe de cristiano y como bueno, que, lejos de mostrar torpe desvío, el pecho siento de amargura lleno al mirarte salir, muerta de frío, con las piernas al aire en Luis Onceno.

ARTURO RAMOS.



—El drama *Roger de Flor* de don Lucas Marchamalo, no me parecé tan malo. —¿Qué ha de ser malo? ¡Es peor!



A la puerta del Ateneo:

—¡Oh, la literatura rusa!

—¡Quita, por Dios! No puedo ver nada que sea ruso, desde que todas las carambolas me salen con la contraria!



Hemos visto el primer número del periódico semanal *Las Novedades Ilustradas* que, á juzgar por la muestra, llegará á ser el mejor de su clase. ¡Como que tiene grabados de Laportal!



Entre casadas:

—¡Ay! Yo he sido culpable, pero ¡qué hermoso es el día del arrepentimiento!

—Lo comprendo perfectamente. ¡Tengo unas ganas de verme en ese caso!...



En Jerez se publica un periódico que se titula así, *Jerez*, y que, por lo visto, ha tomado la costumbre de publicar íntegros artículos y composiciones del MADRID CÓMICO.

No hay que decir si agradeceremos esta exagerada prueba de cariño; pero la agradeceríamos doblemente si nuestro querido colega publicara también la correspondiente firma, y, aunque fuera entre paréntesis, indicara la publicación de donde lo toma.

Porque eso siempre sienta bien.



En un buen artículo publicado en *La Ilustración*, se lamenta Castro y Serrano de que no prospere la sociedad de Salvamento de naufragos, á pesar de su utilidad reconocida.

Efectivamente, el valor personal de los bravos de nuestras costas se estrella con la falta de medios.

Pero ¡qué diablo! aquí preferimos dar limosna para sacar ánimas del purgatorio, á darla para arrancar víctimas á las olas.

Y ¡vaya V. á convencer á las beatas de que la justicia divina no se soborna con cuatro pesetas!

¡Dios nos libre!



Don José Verdes Montenegro ha publicado un notable estudio crítico literario de *Campoamor*.

Demuestra en este libro un exquisito gusto y profundos conocimientos en las literaturas patria y extranjera, que aprovecha para hacer atinadísimas reflexiones acerca de la personalidad literaria del eminente autor de las *Doloras*.

Libro de Madrid y advertencia de forasteros es una preciosa colección de artículos recientemente publicados por nuestro distinguido colaborador D. Manuel Ossorio y Bernard. Con eso queda dicho lo que vale el libro, que deben comprar inmediatamente, no sólo los forasteros, sino los naturales y vecinos de Madrid.

Diálogos de salud; cuarto tomito que contiene dos diálogos: *Mar de fondo* y *Tres pesetas*, ambos originales de D. Fernando Martínez Pedrosa. Harán igual fortuna que los anteriores.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

S. P. K.—Madrid.—Pesada, y un poco vulgar el estilo. Aparte de que el asunto no es gracioso, ni mucho menos.

Pego T.—Madrid.—No; á mí no me la pega V. Esa poesía procede de los almanaques del año 70.

Nepoleón.—Zamora.—Se me olvidó decir á V. que aquello era de Villergas. Y que quería V. darnos la castaña.

Isahe O.—Estella.—La poesía resulta inocente.

Ruñillo Mario.—Barcelona.—Se remite con puntualidad el cambio. Si falta, no es culpa nuestra.

Un vejete.—Santander.—¡La verdad es que se ha hecho tantas veces eso mismo! Y no versifica V. mal.

Inocencia.—Hombre! El final es de muy mal gusto. ¡Las chinchas!

X. I. Z.—Zaragoza.—Se hace un poco pesada, por lo diluido que está el asunto.

Varios aficionados.—Juro, á fe de caballero, que ustedes tienen salero.

Sr. D. B. B.—Villaba.—¡Diantre con el finalito ese!

Sr. D. J. G. P.—Córdoba.—Recibí su carta. Se publicará en el número próximo la composición. ¡Ya era hora! Gracias por la resma.

Sr. D. F. G.—Madrid.—Confieso que hace V. todo lo que puede, ¡pero eso de las coplas es tan difícil!

Sr. D. S. R.—Madrid.—Hay mucha inexperiencia, como era de esperar. Pero no hay que desanimarse.

Sr. D. J. G.—Madrid.—Digo á V. lo que á otros dos señores en el número anterior, y con los cuales ha coincidido. Siempre perdices, censan.

S. P. K.—Madrid.—Parodiar á Lope es peligroso, porque... es preciso que sea muy buena la parodia.

Sr. D. R. P. R.—Sevilla.—No hay modo de encontrar números atrasados de los diarios.

Sr. D. L. C.—Valencia.—Creo que ese señor está en Guadalajara. No encontramos esos tomos.

Algunos señores que nos honran con el envío de composiciones, se extrañan de no recibir contestación. Vuelvo, pues, á suplicarles me dispensen si me tomo esa libertad; pero es absolutamente imposible por la abundancia de cartas y por no hacer interminable esta sección.

MADRID COMICO

APLICACIONES DE LA HORTICULTURA



Mamá dice que regando las higueras luego salen higos... de modo que regando un sombrero de copa tienen que salir gorrillas con visera.

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2'50 pesetas; semestre, 4'50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4'50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, tetras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCION Y ADMINISTRACION: Cervantes, 2, segundo

PRECIO: TODOS LOS DIAS DE DIEZ Á CUATRO
Teléfono núm. 829

COMPANÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES
ACREDITADOS CAFÉS
26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
Y PARA SU DIRECTOR
LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878
TES.—TAPIOCA.—SAGU
BOMBONES FINOS DE PARIS
Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal..... Montera, 8
Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

ESPAÑA CÓMICA

(APUNTES DE VIAJE)

De las crónicas ilustradas que con este título se publican en el periódico, se hace una tirada aparte en cartulina superior, con el objeto de formar un álbum elegante, que constará de cincuenta hojas, una para cada provincia, y una de cubierta, conteniendo la portada y el prólogo.

Cuando se concluya el álbum, se venderá á los precios siguientes:

Sin encuadernar..... 20 pesetas
Encuadernado en tela..... 25
Cartulinas sueltas (cada una)... 0,50

Para mayor comodidad del público y nuestra, los pedidos de cartulinas se servirán, tanto en Madrid como en provincias, de diez en diez hojas, á medida que se vayan publicando.

A librereros y corresponsales se hace el descuento del 30 por 100, con decir que les costará cada cartulina 35 céntimos.